

Miércoles II de Pascua



10 de abril de 2024

Hech 5, 17-26

Sal 33

Jn 3,16-21

P. Eduardo Suanzes, msps

«Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo único para que todo el que crea en él no parezca, sino que tenga la vida eterna»

Cuando a Abraham se le pedía que se desprendiera de «su único» hijo, del que tanto amaba, de su primogénito, con todo el dolor de su corazón supo hacerlo¹. Aquel pilar en el que descansaba y fundamentaba el Patriarca fue hecho añicos porque se le pedía el vaciamiento total, el abandono absoluto. Aquella experiencia de Abraham está como trasfondo de esta expresión del evangelista, ya que al sacrificar a su hijo habría de beneficiar a todas las naciones del mundo². Pues bien, según Juan, Dios se comporta como Abraham entregándonos a Jesús

Esta es la locura, sorprendente, inaudita de la misericordia de Dios. Dios se vacía de sí mismo (por decirlo así) y se entrega sorprendente y totalmente al hombre en su Verbo hecho carne. Es como cuando se da la vuelta a un calcetín: es todo el calcetín el que se da la vuelta, no podemos dar la vuelta a parte del mismo... Así pasa con Dios. Para intentar acercarnos mínimamente a este misterio tenemos que comprender que **«la medida de la grandeza de Dios es la de su abajamiento»**³. Por tanto, su abajamiento es infinito, sin límite, más fuerte e intenso que el mismo infierno, porque no hay nada ni nadie que pueda amar como Dios ama. Este total vaciamiento, el cual es el corazón del divino amor, tiene lugar siempre en la Trinidad ya que el Padre y el Hijo se vacían ellos mismos en cada uno y en el amor del Espíritu. Bueno, pues eso se da en Dios con el Verbo encarnado hacia el hombre. ¿Podremos ahora siquiera vislumbrar un atisbo del infinito dolor que sintió Jesús en la Cruz cuando sintió el abandono del Padre? ¿La ruptura de la relación con su Abbá...y solo por amor a la humanidad?

Toda la Trinidad está volcada hacia el ser humano y ha pasado a ser, por pura misericordia, el centro afectivo de todo un Dios, por la única y sola razón de que Él lo ha querido así. Por tanto, a partir de este momento *tenemos el mismo ADN de Dios*, es decir, nuestro ser es divino y humano como el del mismo Verbo hecho carne.

La Pasión y Muerte de Jesús es la revelación del corazón de Dios. Jesús tomó sobre sí mismo todas las consecuencias de la condición humana, una de las cuales es el pecado; Él que no conoció el pecado, experimentó las consecuencias psicológicas de la alienación de Dios, lo cual es el principal fruto del pecado personal⁴.

¹ Gn 22,2

² Gn22,18; Eclo 44,21;

³ CONCEPCIÓN CABRERA DE ARMIDA. *Cuenta de Conciencia*, 27,74-75; 19 de abril de 1907

⁴ Cfr. THOMAS KEATING, OCSO. *Despertares*

La intención en Dios a la hora de enviar a su Hijo es la de salvar al hombre; el amor de Dios fue el móvil del envío del Hijo: un único propósito. Y toda intención negativa queda descartada: el propósito de Dios es entera y exclusivamente positivo. Se dice claramente que la misión del Mesías no es judicial ni excluye a nadie de la salvación.

¿Y qué es salvación en el Evangelio? Pasar de la muerte a la vida, a la vida definitiva, pero no en el más allá, sino en el más acá, ahora. Eso es posible a través de Jesús, el dador del Espíritu. Más tarde lo dirá Juan en una de sus Cartas: *«En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que envió Dios a su Hijo único para que nosotros vivamos por él. En eso consiste el amor; no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y envió a su Hijo, víctima expiatoria por nuestros pecados»*⁵

Nicodemo había objetado que no es posible nacer de nuevo (3,4). Sin embargo, por parte de Dios todo está dispuesto; toca al hombre tomar su decisión. Si de hecho hay excluidos de la salvación, se debe al rechazo del ofrecimiento que Dios hace en Jesús. El que presta su adhesión a Jesús, secundando el plan de Dios, no está sometido a juicio, porque Dios no actúa como juez, no condena, no da la muerte, sino que actúa como dador de vida: no puede/sabe hacer otra cosa. El que personalmente, por propia decisión consciente, se niega a prestar su adhesión a Jesús, él mismo se quita la vida. Ahora la relación con el Padre, por y en Jesús, es inmediata: adherirse a Jesús es adherirse al Padre: *«Felipe, quien me ve a mí ha visto al Padre»*⁶, dirá en la última cena.

Ya en el Prólogo del Evangelio Juan había identificado la luz con la vida (*«y la vida era la luz de los hombres»*⁷); por tanto, la no-luz, la noche, la tiniebla es la muerte. Por eso, como ha estado hablando con Nicodemo de la vida, del nacer de lo alto a una nueva vida, cae de su peso el que finalice Jesús hablando de la luz. La luz de la vida es al mismo tiempo la gloria, el resplandor del amor de Dios que se manifiesta en Jesús.

El que lo mire levantado, alzado, como había dicho antes Jesús a Nicodemo, para ver en esa señal la prueba suprema del amor/gloria de Dios, recibirán la vida definitiva, el Espíritu de Amor: de su costado manará sangre y agua.

El amor o el odio a la luz tienen su raíz en el modo de obrar. La vida que se manifiesta como luz divide así los campos. Aquel cuya actividad se opone a la vida no se acerca a ella para evitar el contraste delator. Quien favorece la vida no teme acercarse. Otra vez: es necesario nacer de nuevo, de lo alto, abandonando definitivamente el pasado, cueste lo que cueste para tener vida, aquí y ahora, una vida definitiva: la realización plena del ser humano que está llamado a ser lo que es: «ADN» de Dios.

⁵ 1Jn 4, 9-10

⁶ 14,9

⁷ 1,4